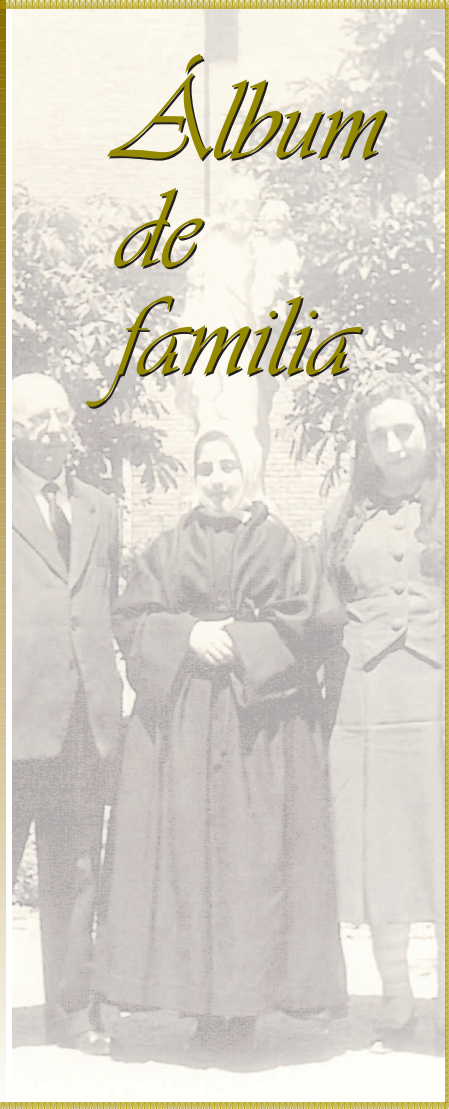


Handwritten signature or initials.



Martín de Molina

Álbum de familia



ÁLBUM DE FAMILIA

En las pasadas Navidades se cumplieron las Bodas de Diamante, si hubieran sobrevivido, de nuestros padres. Ahora, falta poco para que se cumplan los cincuenta años desde que Francisca cruzó el umbral de la entrega y la felicidad. Me estoy acercando a la edad en que ellos nos dejaron y hay que aprovechar las ocasiones, que ya escasean para mí, como ésta de la venida de Francisca.

Son buenos motivos para hacer recordación de la vida matrimonial de Pepito Martín y Josefita la Serrana.

Pensé en hacer este recuerdo de sus vidas y preguntarme, al mismo tiempo, qué reflejo tiene en las nuestras.

He buscado los lazos de unión y los motivos de su permanente cohesión familiar y me satisface comprobar, sin falsas modestias, que nosotros nos parecemos a ellos, en muchas cosas. Quizá nos falte, para redondear el agasajo, ajustar algunos flecos de comprensión y cohesión.

Permitidme, y perdonadme, que insista en este punto, que, a mis años, me parece interesante meditar, y replantearme personalmente.

Creo que el origen de la cuestión –por lo menos desde mi perspectiva– podría estar en que buscamos fácil

acomodo a nuestras razones, a nuestras verdades, mientras más expeditamente echamos la culpa al otro, sin tan siquiera intentar comprender su postura. Damos por sentado que poseemos la verdad y hacemos oídos sordos a las explicaciones del otro.

Bueno sería, pues, que este librito fuera un intento de olvido de pequeños roces e incomprensiones, y se consolidaran pronto horizontes de conciliación definitiva.

Que las virtudes que anidaron nuestros padres, y en las que nos alimentamos, por encima de nuestros defectos, nos unan en estas fechas de convivencia con Francisca.

Por mi parte, y sin rodeos, le pido perdón a ella por las muchas ausencias de comunicación, cuando en la lejanía tan necesitada está de compañía; a Pepe, por tan inútiles disquisiciones sobre tierras y lentitudes, que no merecen ni tan siquiera perder un minuto en considerarlas; a Jesús, por no saber llegar a su más íntimos desvelos y por esta desidia en buscar sus razones, aunque no las llegue a entrever; a Inma, por no saber atender sus opiniones diversas a las mías, sin saber llenar por mi parte ese ansia que tiene de que la queramos; a Teodoro, tan rico en nuestras experiencias familiares, por todo... Y, por supuesto, a los consortes que nos aceptáis con generosidad, incluso a los sobrinos y resobrinos, alguno de cuyos nombres soy incapaz de recordar... porque os llevo en el corazón de un Martín de Molina.

Dicho queda y espero que mis propósitos se cumplan.

Junio de 2006



El día de la Inmaculada de 1930, se inició la vida matrimonial de nuestros padres, cuyo ciclo finalizó en 1975, con la muerte de él, al que mamá sobrevivió catorce años, cuando yo contaba cincuenta y cinco.

De estos sesenta años mal contados –¿cuántas veces contamos mal, a propósito o por despropósito?–, que son los que estuvieron casados, tengo unos recuerdos cariñosos e indelebles, que me han reverdecido ahora, recuerdos que siento necesidad de ponerlos en tinta, para mi satisfacción y la vuestra, y para memoria de ellos y de todos los que los conocieron y disfrutaron de su amistad. Recuerdos y memoria fotográfica que todos vosotros habéis completado para nuestro solaz.

Son seis décadas de mi vida, que empiezan con un poco de anticipación a mi nacimiento que, según contaba mamá, se hizo esperar.

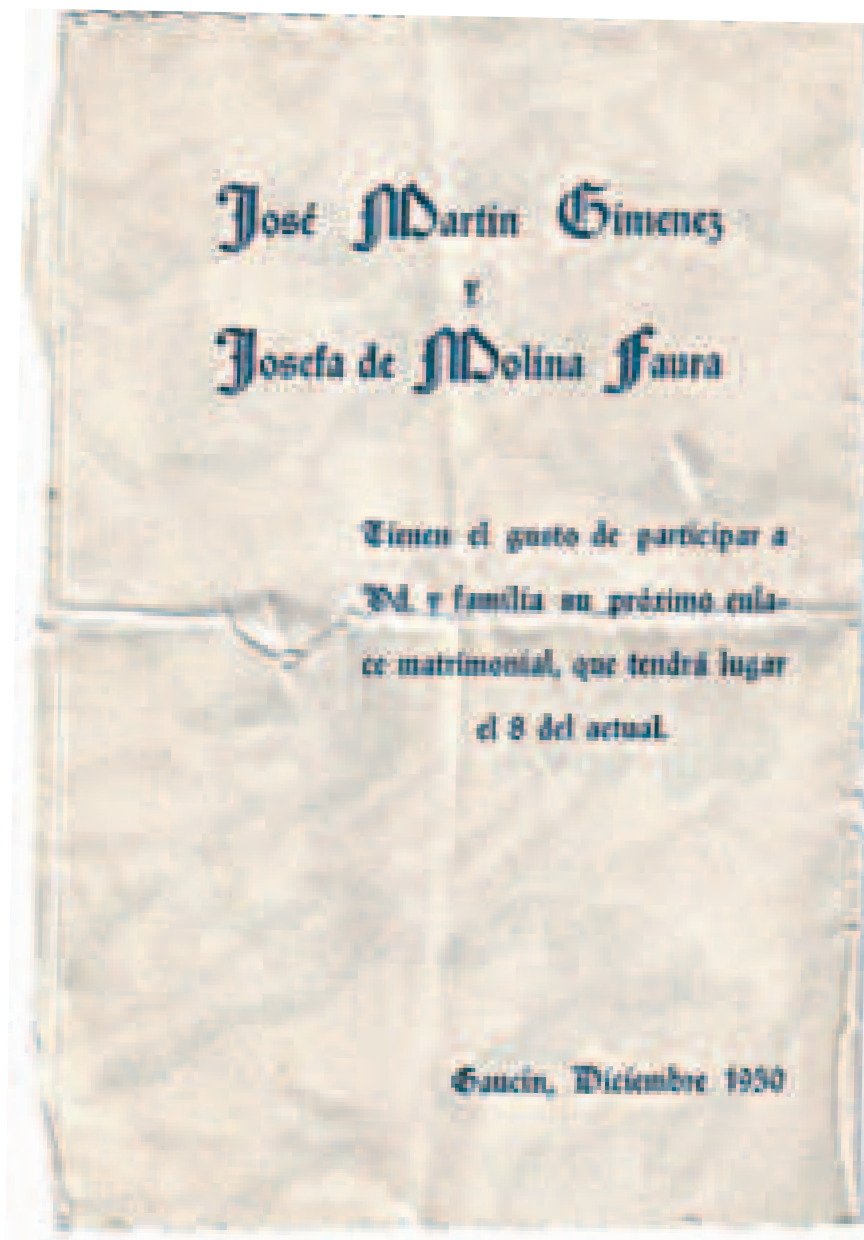
LA DÉCADA INICIAL

Evidentemente, de los primeros años de esta década, nada puedo aportar, salvo los datos de que papá –un hombre íntegro, de ascendencia artesana– superaba los treinta cuando se casó en casa de los abuelos maternos con mamá, de cuna hidalga, apenas una niña, de 17 años, que según nos contaba ella todavía jugaba a escondidas con sus muñecas, hasta el punto de que lo hacía con las sobrinas de papá que tenían su misma edad.



Me los figuro con este aspecto

Sentido infantil que nunca la abandonó a lo largo de su vida. Aniñada, yo diría que siempre inocente, mirada clara para todo lo que le rodeaba, que fue un rasgo característico de ella, pese a los momentos de ofuscación en los que se le escapaban los humos de los celos; celos no sólo de mujer, de esposa, también de madre, de todo, sólo quería que la quisiéramos como ella nos quería a los demás.



Invitación de boda, facilitada por J. Moyano.

Es de suponer que, pese a lo agitado de aquellos años, su vida familiar sería la propia de recién casados, sólo empañada por el deseo no cumplido de tener descendencia, lo que les hizo hacer las terapias de aquellos tiempos: bajar al mar de Estepona a buscar el fruto de su matrimonio. Y, después, a esperar los niños que Dios quisiera, con el truco de los tres años de lactancia para no quedarse embarazada; y le salieron las cuentas, porque siempre hay tres años entre cada uno de nosotros. Eso sí, todos llevamos como segundo nombre el de Ramón, porque mamá siempre se encomendaba a San Ramón Nonato, ante la amenaza del doctor Gálvez, que le dijo después del primer aborto que si tenía otro hijo se moriría o correría grave peligro. El desprecio por la propia vida, después de doce partos más, nos dejó la



1934: Con el primer hijo.

muestra de la fe de ambos y de su afán de cumplir con el mandato de procrear.

Para mí, esta etapa es la más alejada en el tiempo y, a la vez, la más cercana en los recuerdos, a flor de memoria.

No tengo conciencia de los graves episodios que hubieron de vivirse en casa en el verano del 36, en el que yo tenía apenas año y medio, sobre todo, con el ingreso de papá en la cárcel, conociendo el espíritu excitable de madre y su emotividad a flor de piel.



1936: Papá y yo, en la puerta de su tienda.

Nada recuerdo, ni nada en casa se ha contado, con detalles innecesarios, de aquellos terribles días de incertidumbre y terror, salvo alusiones a los miedos que pasaron

en la cárcel, sobre todo tío Teodoro, leves explicaciones de confusa gratitud por las circunstancias de la salvación de papá o, a lo más, las dramáticas escenas de Benadalid, el grito desgarrador de la madre de Amelita...

En ello veo la entereza de ambos y cómo fueron capaces de borrar de mi mente cualquier percepción que me dañase

Tanto es así, que mi primer recuerdo infantil es la contemplación de un pajarillo, posiblemente caído de su nido, en la ventana colonial de aquella inmensa factoría de Ifni,



La ventana del pajarillo.

donde papá, tras la liberación de Gaucín y ante el total despojo de su negocio, se desplazó y ejercía de Gerente o Administrador, mientras madre, con su permanente flebitis,

se quejaba en la cama. La suerte que tuve de sentir en mis infantiles manos aquella caricia, entre temblorosa y firme, de calurosa acogida, es de las primeras sensaciones conscientes que recuerdo.

Estas primeras sensaciones infantiles sin duda se relacionan con la permanente actitud de acogida de ellos, en una



1937: En Tetuán con las Faura.

familia que se empezaba a conformar, anidando un poso de libertad, envuelto en la inocencia, la ternura, la fragilidad...

Benditos padres que no dieron cabida en mi mente a resquemores o deseos de venganza.

Me veo jugando con niños moros, correteando por encima de las pilas de sacos de trigo, azúcar y otros avituallamientos de la

factoría; recuerdo los ruidos de los motores de los bunker por encima de nuestra cabezas, en aquellas noches estrelladas, y el correr de mis piecitos por las arenas de aquellas inmensas y solitarias playas... hasta que mamá fue abatida por su enfermedad y tuvimos que regresar a la Península.



1937: En Tetuán.

De aquella época me queda la percepción de la honradez, rasgo básico de papá ante lo que estaba a su cargo, lo que era de todos pero no era suyo. Mamá decía que el criado comentaba “señor Martín ser tonto, él no llevarse nada a su casa, y el señor ingeniero llevarse de todo: arroz, azúcar, harina, aceite...”, honradez que se veía correspondida con la fidelidad de los sirvientes, que decía mamá que rondaban

bajo la ventana durante la noche para su tranquilidad, ante sus continuo miedos.



1938: Ifni.

De aquellos años nos consta la aversión de mamá a las comidas árabes: “señora, la carne pudrida antes de guisar para saber cosa buena...”, y terminaba el relato con un uf, qué asco, aunque nos decía que entraba por ellas porque había que cumplir con los jefes tribales o quienes fuese.



Papá entre camellos.

En el entretanto, habían venido al mundo Francisca, en Tetuán, y María en Málaga, donde acompañé a la parturienta en el vuelo, para caer de los pies de su cama en el Sanatorio Gálvez.

LOS AÑOS CUARENTA

Vuelven a ser plácidos mi recuerdos entre pinares en la sierra de Cazorla, los primeros amoríos infantiles en sus calles, incluso en la irritación de mamá cuando se enteró de que había comido aquella mañana de la Primera Comunión,



Estampa que siempre le acompañó.

incidente que hubo de solucionarse satisfactoriamente pese a la rigidez de las normas, porque no recuerdo que fuese a mayores. Más que manías, mamá tenía un exacerbado afán religioso. La fidelidad a sus vírgenes y santos preferidos, las promesas de llevar siempre ropa azul, de no comer carne en sábado en ofrecimiento a la virgen, eran conmovedoras.

Esto era paralelo a aquella confianza ciega que siempre tuvo hacia la Virgen (en especial, a su “virgencita del perpetuosocorro...”) que,

como recordaréis, siempre le hacía continuos milagros, desde encontrarle las tijeras perdidas hasta salvarle de sus constantes males. Confianza que sólo extendía en el santoral a raros casos, como los de san Antonio que le echaba más de una mano en sus continuas pérdidas, o san Martín de Porres, que acababa con los inacabables ratoncillos.

De aquellos años sólo un acontecimiento enturbió levemente mi existencia: la muerte de un hermano, un Teodoro al que un sarampión, prematuramente, se llevó a los pocos meses de nacer, mientras que a madre el médico

le tuvo que dar unos azotes con una toalla mojada para que acallara sus nervios, ante la imposibilidad de desahogarse en lágrimas, lo que inevitablemente desembocaba en crisis nerviosa.

Recuerdo a papá, haciéndose el severo y esperándome un atardecer ya anochecido, paseando por la acera de la casa, con una



Inmaculada dispuesta para todo.

correa entre sus manos. No sé si llegó a darme con el cuero, pero creo que no volví a llegar tarde a mi casa. Al igual, la falsa severidad con los pelados de un Teodoro adolescente. O el tortazo que me soltó, el día que trajeron los muebles de Granada, y yo bajaba tan ufano el callejón para darle la novedad con un cigarrillo entre los labios. En el fondo, papá era estricto, pero también flexible y se dejaba embaucar por nuestros enredos.

Al inicio de la primera década de mi vida, yo había superado el ingreso en el Instituto de Baeza, ya tenía dos hermanas diferentes (Francisca y María, morena y rubia, vitalista y débil, preciosas las dos) y un hermano recién nacido, a quien todavía estoy viendo bajar en brazos de mamá en la Estación de los Propios, donde fuimos a esperarlos, y al que pusieron por nombre Pepe y bien que lo agradeció, pues físicamente es el que más se parece a papá, aparte de que él me



*Papá y su parecido
con Pepe.*

contaba que “yo, desde joven, pensaba que me sentiría feliz con parecerme un poco a papá en todos los sentidos”.

Sin embargo, y volviendo a las hermanas, María Inmaculada, nos contaba mamá, era a veces irreducible, pues volvía enfadada de sus juegos infantiles diciendo que Francisca se había quedado en casa de la amiga porque era tonta y no le importaba hacer siempre de criada. También se



*1943:
Mamá en Cazorla.*



*Cazorla:
Papá orgulloso de su niño*

cuenta de ella que, cuando mamá se ponía con las piernas malas, le ayudaba a cocinar, se subía en una silla y desde allí hacía algunas cosillas siguiendo, como siempre, las indicaciones de mamá. Lo que denota dos rasgos compatibles con su aparente fragilidad.

Ya son bastantes recuerdos personales de aquellos años, porque el resto lo copaban ellos, que en esta década rozaban los cuarenta por arriba y por abajo, y lo debieron hacer tan bien, que no puedo achacarles ninguna carencia. Sólo el trabajo bien hecho y la sensación de honradez y saber hacer amigos, en aquella casa de la calle Foronda del Cazorla de nuestra niñez, enorme con inmensos patios y jardines, en donde ellos cultivaron tantas y tan buenas amistades.

Una década de grandes cambios para mí, no sólo anímicos, sino que físicos. Y también para mis padres.

Un primer traslado a Granada, por cuestiones laborales, creo recordar, y siempre se ha dicho en mi casa, por decisión de mi madre que, en el fondo y como en todas las situaciones similares, es la que terminaba imponiéndose, al



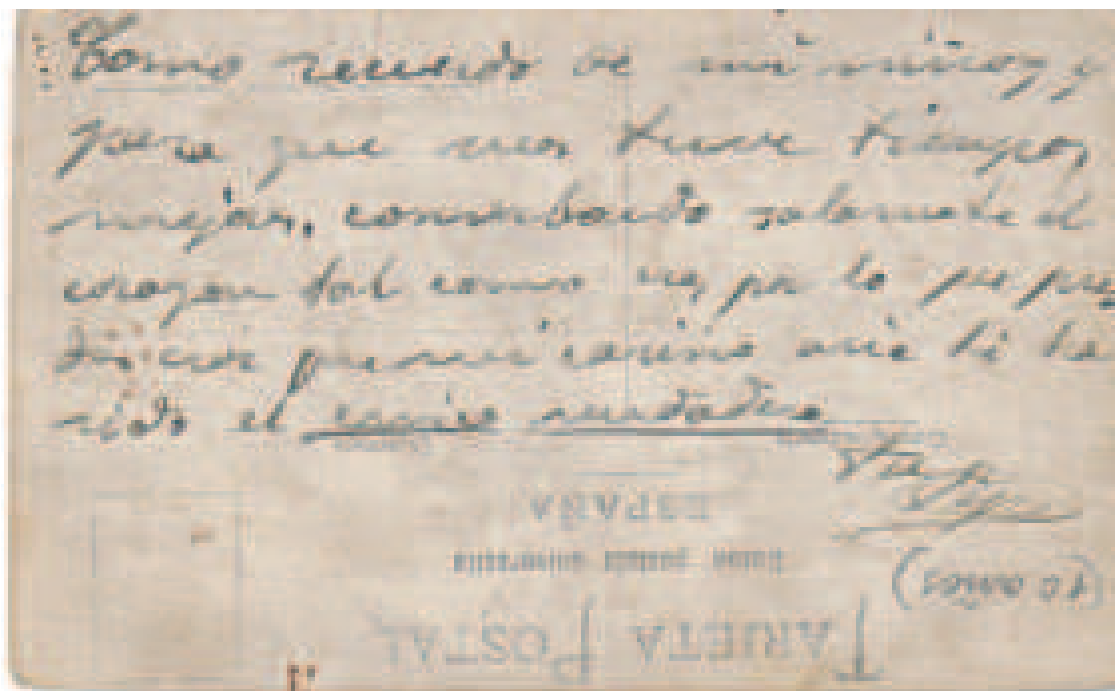
Granada, 1945: Por primera vez, familia numerosa.

socaire de sus celos; aunque también es posible que las decisiones de ese tipo, como la de dejar un puesto fijo en la Renfe, las tomara papá, entre otras cosas porque era el modelo de la época, ya sería raro que fuese mamá la que decidiera, si no era por su enfermedad como el caso de Ifni. No sé.

De esta etapa de penurias económicas, que nos obligaron, después de un duro paréntesis, a volver a nuestro Gaucín en los años cincuenta, tengo la sensación de un padre aguantando estoicamente los reveses de la vida, siendo fiel a quienes antes le habían amparado a él, sin pedir nada a cambio y soportando, a veces, la incomprensión de los que le rodeaban. Esa sensación de saber ser agradecidos, sin contraprestación, ha sido una constante en mi vida. Contaba Francisca de la fidelidad de padre ante la debacle de los primos y de otros rasgos de desprendimiento hacia terceros afectados.

Desde una perspectiva paralela, el amor, sincero entre ellos, y la devoción por sus respectivas familias, era característica de ellos, pues nunca se les oyó hablar mal de ninguno de sus hermanos, ni de sus sobrinos (papá, más que mamá, pero ella igualmente entregada a los suyos). Aunque recuerdo los esporádicos celos familiares, de “la hermanita Carmen” y otros parecidos.

Y, en compañía fiel y amorosa, veo a madre compartir aquella etapa, que me parece la más larga de mi vida.



Una muestra de amor.



Papá y tía Carmen.

Pero también pasó aquella época, dejándonos en Granada a una hermana que se fue al cielo el mismo día en que iba a tomar su Primera Comunión (yo vi pasar el coche fúnebre, desde el tercer piso de la Farmacia Acosta en la Gran Vía, mientras mis primos cuchicheaban) y trayéndonos de allí un nuevo hermano, Jesús, y otra hermana, Inmaculada. En Gaucín cerraron el ciclo con Teodoro, el último hermano, cuando yo ya casi tenía novia formal.



Granada: Nueva familia en junio del 47.

Fueron aquellos años de vaivenes, incluso cambiamos cuatro veces de domicilio: uno romántico, a los pies y entrada de la Alhambra pero sombrío de humedades y recuerdos por la muerte de María Inmaculada; otros dos más alegres enfrente del Hospital Real y en la Acera de San Ildefonso; y, el último, habilitado en la misma fábrica junto al Hospital de San Juan de Dios, donde apuraron los cálices de la penuria silenciosa. A pesar de ello, mis recuerdos son imperecederos de la entereza y aceptación de la voluntad de Dios.

LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA



Año 1951: faltó yo, a tijeretazo.

Desde los primeros años de bachillerato en Baeza y Granada, hasta el Examen de Estado en penosas condiciones en Antequera, habiendo superado el trauma del paso de los Maristas al duro banco de una escuela de pueblo, sin otro horizonte que el que te brindaba tu padre, fue una etapa llena de contrastes y amaneceres. De nuestros padres llegamos a aprender aquel saber llevar con dignidad las escaseces materiales, que a veces literalmente se hacían penosas, hasta pasar los días detrás de un mostrador al que sólo acudían esporádicamente clientes sin posibilidades. Fueron aquéllos los primeros años de la carrera jurídica obligada, abandonando la vocación de la medicina, estudiada por libre.

De esta época recuerdo la satisfacción, sobre todo de papá, con mis notas, que enseñaba ufano en el Casino. Pero ésta era una aptitud común en los dos, el orgullo por los

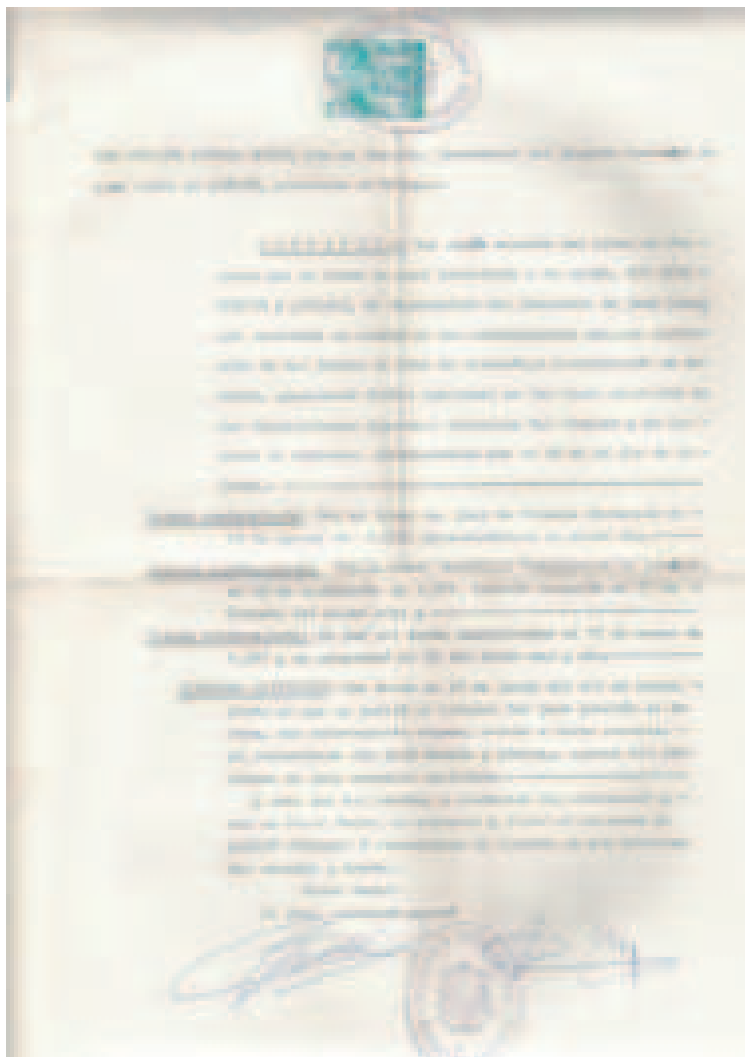
triumfos de todos y cada uno de sus hijos, en cualquier aspecto susceptible de ser valorado o no, cada uno éramos para ellos los mejores en todo o en casi todo. Y recordaréis aquellas inocentes expresiones de “mis nueras son muy buenas, pero es que mis hijos...”, “no eres malo, pero bueno tampoco, porque donde se pongan mis hijos...”. Y lo decía sin maldad, a la cara, pero cegada por el amor hacia sus hijos.



Gaucín, años cincuenta, con Inma y Teo.

Por otra parte, aquella tienda, que sólo era mostrador, me evoca la poca fortuna de papá como negociante. Al principio, la guerra dio al traste con el negocio, después poco acierto o circunstancias adversas, más tarde administrador de las tierras de su familia, manigero sin nada que esperar apenas alguna minucia, de lo que él jamás se quejó. No puedo olvidar el buen humor de papá, bromista y serio a la

vez. Pero desafortunado en sus empresas económicas. Murió pobre, a Dios gracias.



*1950/60:
Servicios de Juez Comarcal.*

De todas formas, suplía esas carencias con incansables paseos en la plaza, en la acera de Manolito Serrano y en sus interminables conversaciones con sus amigos, con los familiares que creo que querían sinceramente al tío Pepe, con los jueces (tal sería su buen hacer y el elevado concepto que tendrían de él que lo nombraron juez Comarcal en varias etapas, prueba de su recta forma de actuar guiado por su sabio

entender de las cosas más que por sus conocimientos legales...), con los médicos al socaire de las enfermedades de mamá y se distraía con sus compañeros de Ayuntamiento, en donde dejó un reguero de simpatía y bien hacer.

Con todo, en casa no se hablaba de política ni para bien ni para mal. Tampoco se criticaba a nadie. “Todo lo

que se habla cae encima” frase típica de mamá para cortar en seco las críticas. “Quien ríe el mal del vecino, el suyo trae de camino”, para cortar las conversaciones envidiosas.

Toda una vida, adobada con el tránsito de la niñez a la pubertad y, de ésta, a la juventud enfundada en unos pantalones sin raya que nunca se rompían y defendida con un abrigo ancestral, de color beige con grandes cuadros príncipe de Gales, al que mi hermana había dado siete vueltas.

Penalidades soportadas gracias al bien hacer de una madre que afluía una sabiduría de sabores traducidos a manjares exquisitos, dentro de las carencias del momento. Las horas y horas en la cocina para, de poco, sacar una pitanza apetitosa, las interminables charadas de patatas (todavía añoro como uno de mis platos favoritos las patatas fritas con tomate), las eternas discusiones con Anita o la Machá en su continuo trajín, el trato con señor Domingo y con los demás aparceros (a este propósito, me cuenta Pepe,



*Abril 55:
Posesión Depositario.*



que no comprende cómo papá podía tener humor para decir chirigotas, contar chistes, ser amable, soportarnos a todos nosotros, al señor Domingo y al Gordito de las Almadrabilas, que yo no recuerdo quién fuese) y las escasas recolecciones, los cuatro quesos de cabra, los higos en sus serones, el trabajo en el patio, sus flores.... El trabajo diario (desde que Dios amanece hasta que anochece) de mamá en la casa. Nunca mostraba fatiga, y si lo hacía es porque ya estaba literalmente reventada. No sé por qué motivo, pero creo que en el verano del 52 vivimos una temporada en las Bernardas y me acuerdo de una borriquilla que trotaba como una recién paría cuando volvía para la casa.



Al filo de los 60, familia reducida.

Y también los desvelos a la hora de los contratiempos y enfermedades. La abnegación de papá cuando cualquiera de nosotros estaba enfermo, ¡no digamos cuando la enferma era mamá! La capacidad de ésta para sobrellevar todas las enfermedades que le acompañaron a lo largo de la vida desde que se casó.

Pero, en todo caso, tiempos de risas y anécdotas, con travesuras soportadas estoicamente: los dineros del piano, los chorizos en orzas vacías... Y los ejemplos de auténtica psicología juvenil –“qué le pasará a mi Pepe”–o los gritos de impotencia ante la rebeldía de los niños que se autoafirman.



Papá con las fuerzas vivas.

Y, pese a ello, época añorada siempre al amparo de unos padres generosos y entregados, abiertos a tus necesidades. Todavía recuerdo aquellas confidencias con papá en los albores de la pubertad, las reflexiones excesivas en materia religiosa de madre, que no sé con qué boca nos decía que prefería vernos muertos a que estuviésemos en pecado mortal. En el fondo, yo creo que hacía continuos sacrificios de Abraham, con absoluta convicción.

Cómo lucharon aquellos años nuestros padres, para poder sacar adelante a tanto desalmado. Cómo debieron

sufrir la muerte de aquella hija de siete años y me consta lo que padeció padre, al inicio de que Francisca “se fuera” a monja.



Despedida en Ronda.

Aquellas discusiones fueron épicas, pero ella no cejó e ingresó en las Hermanitas de los Pobres, en donde siempre ha tenido un recuerdo preferente por ellos, a los que enterró antes de irse a misiones, como había sido su sueño de siempre.



En Madrid, en la Casa de Almagro





*De las primeras visitas
en los 60.*



*Las tres mujeres de
la familia*

El día de la marcha de Francisca se recuerda como un hito de la familia, con las distintas reacciones de mamá y papá ante el mismo hecho y los motivos de papá para oponerse estando de acuerdo con lo que ella hacía, como le exponía en su carta a Francisca.

Algo tuvo que influir en esta determinación, la forma de ser de nuestros padres, que yo creo que, sin saberlo, nos han empapado de espíritu cristiano para siempre.

De todas formas, Francisca ha supuesto para todos nosotros, no sólo un punto de mira y un ejemplo de abnegación y entrega, sino que también de espacio de encuentro y alegría para toda la familia. ¡Cuantos viajes a Ronda, Madrid, Sevilla, Salamanca, Jerez, Madrid, Murcia....! Qué de conversaciones, risas, alegrías, confidencias, cómo no recordar la extremosidad de las Hermanitas con aquellas comilonas, meriendas y visitas monumentales...



Y siguieron también los nietos.

cuánta compensación a nuestros padres y qué de satisfacciones para ella, y para nosotros.

Esta tercera década, en que empieza la apertura y el despegue eco-

nómico de nuestra España, coincide con el inicio de nuestro abandono de la casa paterna.

También imagino la satisfacción que tendrían de ver cómo su primogénito iniciaba su andadura profesional, abriendo el despacho de Abogado, que era una pequeña habitación repleta de ilusiones y que duró cinco años, trunca-
das por la supresión de los Juzgados, lo que ocasionó la segunda salida, hasta obtener la plaza de Secretario y volver a Gaucín.



Handwritten signature
 ABOGADO
 DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Decreto correspondiente al Letrado que suscribe, devengado
 en \$ _____ según el contenido de _____

, contra _____

DÍAS	DÍTA	DIA
	FECHA CORRESPONDIENTE	DÍTA

CLIENTE \$ _____ CIENTO DE CIENTO CUANTIA

(El presente es un formulario de uso exclusivo de la Oficina de la Magistratura de la Ciudad de Buenos Aires)

Modelo de minuta en mis inicios.

LOS FELICES SESENTA

El final de la anterior década y el inicio de ésta, está dedicada a mis primeros escauceos en el Despacho, compartidos en gran medida por papá, que se ufanaba de mis éxitos profesionales.

También es el comienzo de mi andadura de Secretario del Ayuntamiento, donde él había sido Depositario, en su calidad de Concejal. De esta peripecia, no obstante, no todo fueron satisfacciones para él. Y cuento un episodio, que



Marzo del 66: Nietos en el patio.

siempre he recordado con admiración por lo que demuestra la forma de ser de nuestros padres. Había yo ingresado como voluntario en la mili, en Aviación, con ocasión de que Ángel, casado con mi prima, era Jefe de la Base Aérea de Málaga, por lo que es de imaginar lo que ello supuso y la tranquilidad que era para mis padres el sucesivo paso de mis hermanos por iguales circunstancias. Pero, aquí me tenéis, recién estrenado mi cargo de Secretario, queriendo hacerme el defensor insobornable del Ayuntamiento, enfrentándome con la imprudencia de mis pocos años a pequeñas anomalías administrativas de la empresa suministradora de energía eléctrica que regentaban mis primas que, ahora en estos



Marzo del 64, con el primer nieto



1964: Con los tres pequeños, último carné de familia numerosa.

tiempos de podredumbre, me suenan a ñoñerías. Pues, bien, todavía estoy esperando ni tan siquiera una leve intromisión de mis padres a favor de ellas. Siempre he sido deshacedor de pequeños entuertos, que para mí eran gigantes, pero, por encima de todo ello, siempre he recordado el saber estar de padre, respetando el trabajo, bien o mal hecho, de sus hijos.

Estas, y otras circunstancias personales –que nunca son buenas aliadas para el ejercicio profesional en el lugar de tu nacimiento y que hacen bueno aquello de que nadie es profeta en su pueblo–, me hicieron salir de Gaucín a mediados de esta década, me es posible recodar, con todo el dolor de mi corazón. O, para ser más exactos, del corazón de mamá, que estaba recién salida de un primer infarto; de ahí, pues, que fuera épico mi desplazamiento a Valdepeñas.

En estos momentos, hay que destacar la ayuda de Inmaculada a mamá. Bajo su dirección, se hizo cargo de todo lo referente a las tareas de la casa y se vio obligada a abandonar los estudios, que después retomaría en Granada con tía Carmen. Teodoro hacía los recados y papá ayudaba a poner la mesa y, como siempre, arrimaba el hombro de la mejor manera que se puede hacer, sin dar trabajo y siendo la persona más ordenada del mundo.



En el lecho del dolor.

Después de la salida de Francisca, la que desconcertó a la familia (por la aventura de la decisión) fue la de nuestro hermano Pepe, que se fue a Madrid, sin ningún asidero más que el de su voluntad de trabajar. Me figuro, en la cómoda distancia del tiempo pasado, los sufrimientos de nuestros padres ante la ausencia del primer hijo que se ponía en manos de la providencia. Pepe todavía se pregunta cuánto dinero le tuvieron que dar para irse a Madrid y la verdad es que piensa que tuvo que ser mucho en comparación con la situación que se vivía en la casa.



Septiembre de 1968.

También veo, desde aquel escalón que facilitaba la entrada a su dormitorio, a papá sudoroso, sentado sobre el baúl, con la mano en el pecho, sufriendo una angina de pecho, mientras mamá observaba temerosa. Serían los amagos de lo que posteriormente les sobrevendría.

Pero, antes, hay recuerdos muy agradables, de los primeros años de los sesenta. Estoy viviendo ahora mismo los momentos en que le dije a mi padre que quería casarme con Pilar... después de más de diez años de noviazgo, de los de aquella época. Los consejos y prevenciones que me hizo, con el sosiego y prudencia que le caracterizaban, siempre los he tenido en cuenta. Y siempre recordaré al cariño que constantemente le tuvieron, como si fuera una hija más, acogiéndola como tal en todos los acontecimientos familiares. Pilar, más que mi novia o mi mujer, fue para ellos una hija.



Cuántas ilusiones...

Es otro rasgo más de nuestros padres, aunque yo lo percibí más que el resto de los hermanos, porque me atañía a mí y porque era la primera que engrosaba la familia.



Enero de 1968.

Qué tiempos aquellos, llenos de risas y alegrías. Reuniones de familia y amistades en torno a la mesa, el juego, conversaciones interminables. El patio como lugar de reunión y convivencia, las sobremesas. Las nocturnas con el rezo del rosario (a veces, sonora y disimuladamente acompañado por papá), aquellas interminables letanías y padres nuestros a san Caralampio y san Roque y la corte celestial; las cabezadas de mamá, los disgustos de papá, las noticias por la radio... La boda, el nacimiento de Salvador después de largas esperas en La Línea, sus primeros pasos por tierras gaucinenses, hasta nuestra marcha a Valdepeñas de Jaén, mejor dicho de mi marcha y regreso inmediato para recoger a Pilar, única nacida en Gaucín, para iniciar un nuevo periplo de nuestra vida.

Mientras que la de nuestros padres, quedaban por poco tiempo en Gaucín. Jesús, ya terminando su Magisterio, Inmaculada en pleno paverío y Teodoro, iniciando sus estudios de la carrera.



*Septiembre de 1968:
Valdepeñas*

Son tiempos de intenso trabajo para mí y, creo, de sosiego para mis padres que vivieron los últimos años juntos, con el descanso que da una tarea a punto de culminar.

Todavía tuvo mamá que pasar el amargo trago de su primer infarto, como ya he dicho, que ya la postró para los restos en su sofá cama de la paciencia y de las tardes de Carrusel Deportivo.

Dejando atrás aquel sin vivir de trabajo a toda máquina, que le llevó incluso, por ahorrar, a aprender corte y confección con el CCC (no le salían las cuentas de los larguísimos patrones de papel celofán), su amor por la venta post-balance y las rebajas de Galerías Preciados por correspondencia... Los viajes a Ronda, a casa de “la prima Pepa”, donde se hacía sus bocatas de mortadela y se dejaba la mitad de lo ahorrado en el mes, dejando el resto para detergentes y otras zarandajas. Todo aquello lo compraba –creo que era su único disfrute– con lo que ahorraba de la paga diaria (a veces, la guardaba inmediatamente en el piano,

nada más dársela papá por la mañana, y, después, venían los tiras y afloja vespertinos, hasta que papá cedía y nos daba para que fuésemos a casa de Pedro el Zorro), mientras disfrutaba con su cartilla (de la herencia de mi madre, decía reivindicativa), a la que sólo accedía Pilar, que era la encargada de ir al banco para que le anotaran los intereses. Ese era su pecadillo de necesidad.



La cartilla de mamá.

CUANDO PAPÁ SE FUE



Valdepeñas: en la Comunión de Salva.

Estaba mediando mi cuarto decenio y mi padre viviría el último de los suyos, ambos en tierras giennenses.

Recuerda con nostalgia Pepe que papá, en una ocasión, le aconsejó de esta manera: “no me importa que salgas con las niñas que quieras, lo que sí me importa es que cuando salgas con ellas pienses que todas son tan dignas como tu hermana”. Y siguió su consejo.



En el patio, con los novios embelesados, en los inicios de los 70.



Dos por uno en la terraza de Molina.

El casamiento de Pepe y Jesús, en una mañana de frío e ilusiones para ellos y para Encarni y Pepi, me parece que fue uno de los últimos acontecimientos de que gozaron nuestros padres, antes de salir de Gaucín y dejar de convivir en el amplio patio de la casa de nuestros antepasados, junto a la plaza del Ayuntamiento, a la que asomaba la gran reja del Salón donde mi madre desgranaba al piano antiguas canciones de su juventud, como aquel pícaro trozo de zarzuela “Pinqui, es el chulo que me sigue...” o la inolvidable “Canción del olvido”.

Todos nos encantábamos oyendo a mamá tocar el piano, después del infarto, o quizás desde antes, decía que le dolía la espalda y ya no podía deleitarnos con sus canciones cuando se lo pedíamos o cuando a ella le apetecía (el día del Corpus, la marcha Real). Papá, también intentó aprender a tocar el violín con la intención de acompañar a mamá al piano. A Teodoro le recitaba de memoria las notas de uno de los estudios que llegó a aprender mientras estudió violín.



Con el piano al fondo.

Nos habíamos venido de Valdepeñas de Jaén, donde vivimos los mejores años de nuestra juventud, entre sus montañas y limpias aguas, en pleno trajín con los niños y la enfiebrizada –y creo, ahora, equivocada– tarea de trabajar a todas horas, auto-sobornándose la conciencia con el falso



Sonrisas de satisfacción.

Tajuña, a medio vestir, con los hermanos, la cama encima del “seílla” de Pepe, las broncas a Jesús mientras preparaba sus oposiciones y otras zarandajas.

Pero, decidimos volar a Jaén, en busca de nuevas metas profesionales, llevándonos a Maite con año y medio, con lo que se completaba nuestro ciclo, a pesar de los numerosos abortos de Pilar, a semejanza de mamá.

Ellos se vinieron a vivir a Jaén, donde ya habíamos confluido todos los hermanos, excepto Pepe (aunque me parece que hubo un tiempo en que también coincidimos, cuando inició su periplo banquero en Torredelcampo), y creo que fueron años de tranquilidad, sólo alarmada por el

pretexto del bienestar de los hijos. Pero así mandaba la época.

Allí estuvieron en varias ocasiones nuestros padres y creo que lo pasaron estupendamente con aquellas gentes tan cariñosas y acogedoras, como papaymaunda, Juan y Lola, Antonio y Concha, Ernestillo y tantos otros. Recuerdo unos días memorables contando cosas del cura de

asma creciente de padre, que le hizo visitar El Neveral varias veces, hasta que poco a poco fue decayendo, sin que yo me percatara exactamente de su empeoramiento, que soportó fundamentalmente Teodoro, que ya había venido de la mili en Car-



Con su boina típica.

tagena; lo estoy viendo bendiciéndonos desde el balcón del Hospital militar, cuando fuimos a visitarlo, y preparaba oposiciones.



Jaén, 1971: Ágape en la Comunión de Pili.

Es la época de sus paseos por la Plaza de Santa María, con la mirada de los últimos celos de mamá que pensaba que papá baja a verle las piernas a las jaeneras (de las que comentaba, por cierto, que eran bien cumplidas) y de sus últimos años en la casa de Juan Montilla, donde encontraron en Jesús y Pepi apoyo total en cuando surgía cualquier problema, ya que estaban arriba además de sus varias visitas diarias.



Sevilla: Inma ilusionada con su hábito.

Es para recordar la candidez de mamá y el disfrute de ambos con cosas pequeñas. Sólo los dos, con una sonrisa en la cara, se pondrían serios en muchas ocasiones, pero no es fácil recordarlos con una cara enfadada o triste. Me contaba



En casa de las Hermanitas.

Teodoro la pena de papá porque después de más de cuarenta años mamá una mañana, viviendo en Jaén, no le llevó el desayuno a la cama por alguna trifurca del día anterior, aunque todo se paliaba con la capacidad de olvidar y perdonar casi instantáneamente. Escobazos simulados, un par de besos, un achuchón y pelillos a la mar. A pesar de las peleas nunca acabaron el día sin reconciliarse, decía mamá.

Lo que me escuece en la memoria es la sensación de cierto abandono por mi parte, enfrascado en tanto trabajo útil e inútil, respecto a mis padres, a quienes recuerdo apoyados en mis hermanos menores, lo que te servía de coartada para no atenderlos como se merecían.

Le encantaba, a papá, visitar a Pilar todas las mañanas, a la que contaba sus batallitas de juventud, recordando a Bellita, María Oña y otras personas que habían fallecido antes de que nosotros hubiésemos nacido. Disfrutaba



Con la Superiora.

tomando café con mis amigos de la Diputación para que le contaran mis andanzas. Papá era un lector empedernido, descifrador de los más difíciles crucigramas y partidas de ajedrez, un intelectual que jamás alardeó de ello. La adaptación de papá a los nuevos tiempos era también uno de sus rasgos, lo que me parece evidente en relación con Inmaculada y Teodoro.



1974.

Los últimos años estuvieron acompañados, además de por Jesús y Pepi por un lado y Pilar por otro, por Inmaculada, que ya trabajaba en Mengíbar, y por Teodoro, que lo hacía en Bailén, al tiempo que preparaba oposiciones y encontrando por entonces, a María. Recuerdo cómo le acompañó solícito sus últimos días, era su lazarillo, sin alardes ni desalientos, lo que compensaría enormemente a papá, de quien era su ojito derecho. Se había quedado ciego en sus últimos días y sólo volvió a ver la luz al llegar al lugar del cielo que de seguro le tenían preparado, desde siempre, porque no puede dejar de compensarse a persona tan generosa, desinteresada y entregada a los demás.

Sobre sus últimos días, qué mejor que transcribir las palabras que me ha mandado Teodoro:



Familia reunida.

«Desde el año del Señor de 1930 en el se prometieron ante Dios y los hombres amarse y respetarse hasta que la muerte los separara, sería el 8 de diciembre, Día de la Inmaculada, día grande en nuestra casa.

No disponíamos de mucho pero cuando llegaba el momento de celebrar las fechas claves de nuestra familia y del calendario cristiano, todo era poco a la hora de poner la mesa. También en esos días ambos nos transmitían su gozo y la alegría era el sentimiento predominante entre todos los miembros de la familia. Fueron celebraciones emblemáticas la onomástica de ambos, San José, y todas las fiestas que conformaban la Navidad. Pero entre todas resaltaba el día en que se celebraba su aniversario de boda.

Por eso, cuando se aproximaba el momento de celebrar el 44º aniversario, papá, postrado en la cama de un centro



En los últimos tiempos de papá.

hospitalario, todas las mañanas al hacer el doctor su recorrido por las distintas habitaciones, lo primero que le preguntaba no era si estaba mejor, sino si podría pasar ese día en su casa, junto a su mujer. No pudo ser, y el último aniversario fue la primera ocasión en que no se celebró como era costumbre.

Sus problemas respiratorios, los resultados de las pruebas diagnósticas y los valores de sus analíticas, hacían presumir que ese año no habría celebraciones como los anteriores 43. Pintaron bastos en lo que todos pensamos era una más de sus crisis asmáticas. No obstante, la vida le dio prórroga de seis meses para que pudiese disfrutar de unas últimas navidades rodeado de sus hijos y de los nietos habidos hasta entonces, y hacernos sentir bien a todos. Fue una prórroga de preparación y un fortalecimiento para el tránsito definitivo, afrontados con la dignidad de aquél que siempre fue digno y con la serenidad de la que siempre hizo gala. Sabiendo –quién mejor que él–, que el final estaba próximo supo esperarlo sin que los que estábamos a su alrededor nos tuviéramos que sentir en ningún momento angustiados por lo inevitable.

Nunca abrió sus labios para emitir una queja o desaprobación de lo que le estaba sucediendo. Poco a poco fue asumiendo su deterioro físico –sus otras capacidades jamás se vieron mermadas–, sin que los demás apenas nos percatáramos de que aquello se estaba produciendo. Nos dábamos cuenta cuando ya él no lo podía disimular (caso excepcional fue cuando apenas una semana antes de dejarnos perdió la vista, al intentar ir al baño tropezó con el tabique y en ese momento nos lo dijo). Todos tuvimos la suerte, en la proximidad o en la lejanía, de estar a su lado durante todo ese tiempo, y cada uno hizo todo lo que tuvo que hacer en todos y cada uno de los momentos de su enfermedad.

Quizás el más afortunado fuese yo, porque la providencia quiso que por esos meses me viese obligado a abandonar la mili y volver a la casa. Así que yo, por las circunstancias anteriores, no tenía obligación concreta en la que ocupar mi tiempo y fue voluntad Suya que lo ocupase en acompañarlo durante este período en el que ambos nos ayudamos mutuamente y nos acompañamos. Nos dimos paseos y más paseos, hasta que sus fuerzas se lo permitieron, por la plaza de Santa María, emulando aquellos interminables de la Plaza del Ayuntamiento con sus amigos del pueblo; conversaciones de todo, enseñanzas de mucho más; intercambio de bromas, paciencia para con mis impertinencias... Nunca supuso una carga de ningún tipo, sino que, más al contrario, tuve el extra de disfrutar de él más que todos los demás en ese tiempo.

Fiel a su espíritu sacrificado, a su costumbre de siempre guardarse para él todo lo que podía suponer sufrimiento al otro, nada hablaba de su enfermedad y jamás se quejaba de los padecimientos propios de la misma. Sólo un momento antes de que lo trasladáramos al hospital la víspera de su muerte me dijo: «Chiquetete, me voy a morir». Aunque no quería creerlo, y traté de animarlo y borrar rápidamente de su memoria y de la mía lo que acababa de decirme, me percaté de que el fin estaba próximo.

Pocas cosas en mi vida me podrán llenar de mayor orgullo y satisfacción que haber compartido con él los últimos meses de su vida y la mayor recompensa fue cuando estando en la UCI, pocas horas antes de dejarnos para

siempre, me dijo con voz aún firme: «Chiquito, cuánto te he echado de menos esta noche». Sólo por eso mereció la pena vivir a su lado toda la vida y pegado a su trepidante respirar, a su dormir y despertar, a su sudor y a su frío de aquellos meses del invierno y primavera del 74/75.



El símbolo del matrimonio.

Como comprenderéis no alardeo de ello sino que doy gracias a Dios por hacer que las circunstancias se rodearan de tal modo que fuese a mí al que me eligió para acompañarlo, cualquiera lo hubiese hecho de igual modo que yo y sé, porque así lo viví, que cada uno lo hizo de la mejor manera, y él lo supo agradecer y valorar del mismo modo para todos.”

(Gracias, Teodoro por tu testimonio).

Mamá se quedó sin su Pepito, sin el guía de toda su vida, su asidero emocional, físico, espiritual, de todo, casi había nacido con él y tendría que envejecer sin su presencia... Se terminaron las interminables partidas de cinquillo y las encarnizadas peleas por las cuatro perras del perdedor,



1972: En nuestra casa de Jaén con Felicia.

que casi necesariamente debía ser él. Lo que no se acabaron fueron sus llamadas nocturnas, ¡Pepito, Pepito!, cuando en sueños lo necesitaba como siempre había sido...

Le consoló el matrimonio de Inmaculada y Miguel, con quienes se apadrinó, les sirvió de apoyo, al tiempo que recibía de ellos la ayuda que sus enfermedades y niñerías exigían, con insuperable paciencia, en las que fueron acompañados en no pocas ocasiones por Pilar, que con razón puede decir que Miguel y ella cuidaban de mamá más que yo .

Emigraron, por razones del destino de Miguel, durante unos años al gaditano pueblo de Los Barrios y, posteriormente, volvieron a las tierras gienneses de Mengíbar.



Con su cara de gachona.



En el parque de Algeciras.

Las visitas a la casa de Culala por nuestra parte eran memorables, donde nos espera siempre mamá, preparando para cada uno aquello que más nos gustaba o que ella lo pensaba y lo que nos podía venir mejor para no hacernos daño: croquetas o filetitos empanados para los nietos, el pollo a la plancha para los que estaban mal del estómago, los guisos de patas, sus carnes, sus flanes (éstos siempre en recuerdo de papá)..., siempre en la cocina solícita, a última hora hasta el paño se le quemaba cuando se apoyaba sobre el fogón.

Qué peregrinar, siempre aceptando los designios de su Señor, pareciendo una nueva María siguiendo a su Hijo, de los que era una forofa insobornable.

Así como lo era de su Real Madrid, aquella afición a la que se agarró después del infarto que la ató a su cama y a su sofá. Mil veces ha contado Pilar la anécdota con su cardiólogo, ante quien justificaba su escaso dormir porque... aquellas tardes precedentes había perdido el Madrid. Los sacrificios de dejar de merendar o de comerse un pastelillo para que el Madrid ganase el



En la boda de su Teo.

partido. Y aquellos rosarios interminables hasta que su equipo terminase el partido y lo ganase, aunque fuese en el último minuto en compensación a sus plegarias. Y lo decía con fe absoluta en el poder de la oración, otro de sus signos de identificación

Los amores de mamá: la familia, la religión (o al revés), los médicos (don Fidel, don Manuel García Noguerol, ...) y el Real Madrid



En la Plaza de España.

Y MAMÁ FUE EN SU BUSCA

Teodoro se había casado y marchado a Estepona, Huétor Tájar..., Pepe estaba ya en Granada, después de sus años en El Colmenar, Inmaculada en Mengíbar y Jesús y yo seguíamos en Jaén. Mamá hacía rotaciones periódicas, pero a ella lo que le gustaba es estar con su Inma. Pero, y me ruboriza decirlo porque no sé de dónde sacaba sus conclusiones, su Salva era el más listo. “¡Con qué gracia toca las tapaderas!”, llegó a decirnos unas Navidades. ¿Cómo no puede conmover este ciego amor materno?

Y vuelvo a arrepentirme –irremediabilmente inútil– por no haber atendido como se merecía a mamá, enfrascado



La primera Comunión de María y Macu.

en las nuevas tareas de un despacho floreciente, que no merecía ni un minuto de mi atención, en comparación con lo que pude dedicarle. Eran conmovedoras sus acogidas, cuando al salir del trabajo, la visitaba –no todos los días– en su habitación de Las Hermanitas de los Pobres.



Con la numerosa prole de Pepe y Encarni.

“! Ay, mi Salva ¡”, sin el más leve reproche, como si hiciera una hora que nos hubiéramos despedido, y yo le contaba apresuradamente alguna cosilla y nos despedíamos, con aquellos besos que sólo ella sabía dar.

No se puede ser más madre, disculpando nuestras faltas, acogiendo la mínima muestra de cariño con el más sincero de sus agradecimientos.



Faltaban los granáinos.

Yo creo, sinceramente, que nos equivocamos en la última decisión, aceptando su disposición a operarse, aunque la verdad es que sus continuas anginas de pecho, su deterioro aparente y otros achaques parecían abundar en la medida que nos aconsejó el cirujano. Ella decía que sólo por el hecho de volver a comerse un huevo frito, merecía la pena intentarlo, pero no pudo superar la prueba. De todas formas, los lamentos de ahora no sirven para lo que se hizo antes, quizás para lo que se haya de hacer, pero seguro que tampoco.

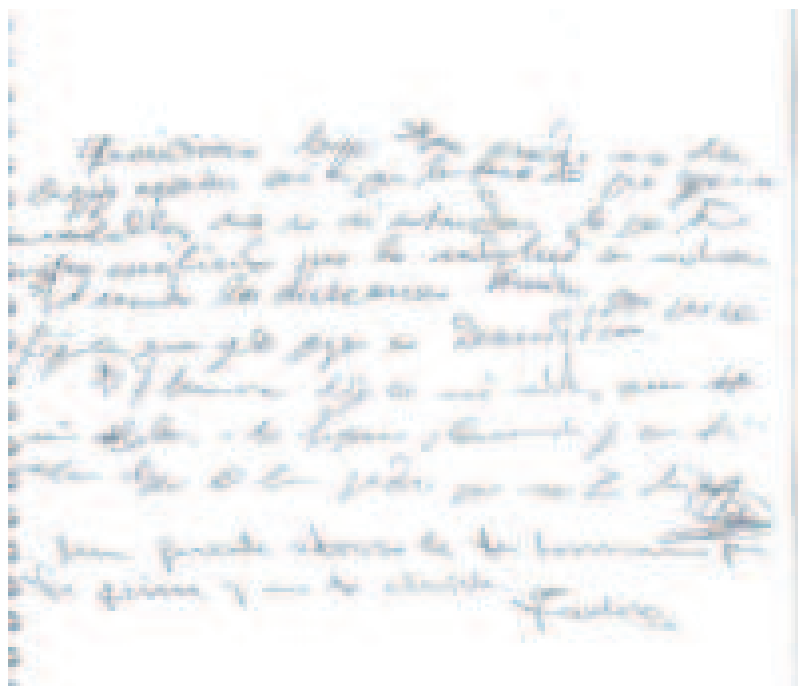


De visita en Motril.



Refrigerio en la Casa de Jaén.

Recuerdo con pena su último peregrinar a Sevilla, su operación en las umbrías salas de la Cruz Roja, su vertiginoso regreso en ambulancia y su muerte solitaria entre gemidos en una de las salas mal habilitadas en las plantas altas del Princesa de España, donde no nos dejaban entrar. Vino a morir en las cercanías de donde lo había hecho su marido y supongo que era la hora escogida para ella.



Despedida a la «hija de mi vida».

Pero me consuela el velatorio en las dependencias de las Hermanitas de Los Pobres, en cuya casa había pasado los últimos meses de su vida, atendida por su querida Francisca. Todos recordábamos con alegría sus ocurrencias y su entrega. Leímos su pequeño testamento escrito en una cuartilla pequeñita con su letra de alumna de las carmelitas malagueñas.

Y la enterramos junto al cuerpo, que la aguardaba íntegro, de su marido.



Nos quedamos aquí, como me dice Francisca, con todo el esfuerzo y el amor que derrocharon sobre nosotros, pues, pese a sus defectos, es esto lo que los hace bellos y grandes. Esta manera de ser que seguro fructificará entre todos nosotros, superando los lógicos roces que a veces oscurecen este vínculo de unión.

Se fueron, pero se quedaron con nosotros y, como dice Teodoro, los que somos fruto de su amor seguro que no dejaremos que el olvido haga de ellos seres efímeros, serán inmortales porque viven en nuestra memoria y vivirán en

las de nuestros descendientes. De hecho es notorio y conocido por la mayoría de todos nosotros la participación diaria de los dos en nuestras vidas cuando los invocamos ante las mínimas, y más severas, adversidades que en el día a día se nos presentan. Ellos, a los que invocamos con toda convicción, nos ayudan en lo pequeño y en lo mayúsculo; desde encontrarnos, por inverosímil que parezca, la alianza de bodas perdida entre las hierbas del camino o ayudarnos en tareas que parecen imposibles, hasta tranquilizarnos cuando debemos enfrentar los duros trances de la enfermedad. No están aquí, mas siguen a nuestro lado.

Como nos decía Francisca, al pie de esta fotocomposición, *merece la pena agarrarse a papaíto y a mamáita, a la sonrisa de ella y a la bondad de él...*

Y llega el final de esta encantadora historia, pequeño relato de un hermoso recorrido por estas tierras pedregosas de dos personas singulares, tierras regadas por múltiples lágrimas calladas y fructificadas con seis árboles diferentes pero con la misma savia.

Descansen en paz, quienes tanta paz derramaron.



San Juan 13 - 10 - 01

Queridas hermanas y sobrinos:

Cuando en Tapesa es tan caprichosa, he querido mandarle este sermón a Vitor del Val... yo estaba muy contenta en estas tierras, pero le estoy también de hacer su voluntad y por eso me he agarrado de papito y mamata... ¿Qué es papeo? ... ESTÁN GUARDISIMOS, Esta foto seguro que es la misma... yo la tengo hace muchos años, está en casa de Juana Ortega con la prima Quipá, es la despidida de sortera... ahora está diciendo algo y mira como papa la mira complacido se ve que estaba acordando, la foto es pequeña pero por eso salio un poco cara pero la compra de mano y la bondad de papa mecece la gana.

Ya cuando me dabanis me diera que en la parcido y en dice corromo va.
Recibe todo el cariño y mil abrazos de vuestra hermana y tíe
(Otro quien no se pierde)

Teresa

Esquidada de la (de la)

